

---

## **Persistencias y discontinuidades en las subjetividades políticas de la Argentina contemporánea: nuevos conservadurismos**

Mesa 52: Teorías críticas del neoliberalismo neo-fascista

Tomás Forster. Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (Instituto de Investigaciones Gino Germani), tomasforster86@gmail.com

### **Resumen**

El presente artículo analiza el proceso gubernamental de la coalición Cambiemos (2015-2019) a partir de considerar la imbricación entre su estrategia comunicacional y el proyecto de reformas neoliberales que intentó desplegar.

Se trabajará en torno a la siguiente hipótesis: las novedades de la alianza Cambiemos consistieron en la operativa y relativa eficacia de su estrategia comunicacional conectada con ciertos valores e imaginarios de la sociedad contemporánea; mientras que lo “viejo”, lo restaurador, anidó en su programa de reformas económicas y sociales sostenido con acciones y argumentos con ostensibles puntos de continuidad con instancias históricas anteriores en las que las clases tradicionalmente dominantes se hicieron con el poder político. Ese elemento restaurador se combinó con un ímpetu refundacional, en clave de actualización local del neoliberalismo.

Se indagará en dicha tensión constitutiva de la derecha contemporánea, entre “lo nuevo” y “lo viejo”, a partir de examinar la construcción de cierta reinterpretación de la historia argentina por parte del macrismo, puesta en relación con su diseño gubernamental. Se auscultaran estas dimensiones en el marco de los modos de subjetivación configurados por el régimen neoliberal, en vinculación con etapas históricas precedentes y en relación con el propio desenvolvimiento del gobierno de Cambiemos.

**Palabras claves: Cambiemos, neoliberalismo, derechas**

### **1. Introducción:**

## **Las alusiones al pasado como recurso estratégico en la comunicación gubernamental de Cambiemos**

En reiteradas ocasiones y con mayor énfasis en las intervenciones y mensajes que pronunció durante el último tramo de su mandato, el ex presidente Mauricio Macri optó por despotricar contra el curso que, desde su visión, habría tomado la Argentina en sus últimos setenta años de historia<sup>1</sup>. A partir de su peculiar mirada de los hechos pasados, Macri se remontaba de modo implícito a la irrupción del peronismo en la vida pública como el momento en el que se habría entrado en un persistente rumbo negativo, en una decadencia crónica que no se habría logrado superar en las siete décadas posteriores. De esa manera, el líder de Cambiemos negaba el proceso de mejoría continua de los indicadores sociales y económicos que experimentó el país hasta 1975 cuando este proceso ascendente se interrumpió con la crisis económica conocida como “Rodrigazo”, verdadera antesala del programa económico impuesto por la última dictadura cívico-militar instaurada el 24 de marzo de 1976<sup>2</sup>.

Apoyado argumentativamente en aquella alusión con ribetes históricos, Macri defendió con insistencia la necesidad de adoptar “reformas estructurales”<sup>3</sup> y le otorgó a su gobierno un carácter refundacional. Estas líneas directrices de la comunicación gubernamental apuntaban a configurar a la alianza Cambiemos<sup>4</sup> como una tentativa de reactualización no sólo de los lineamientos macroeconómicos de la Argentina pre-peronista, sino de un enfoque político, social y cultural definido por una serie de fundamentos antagónicos con la

<sup>1</sup> Mauricio Macri: “Fueron 70 años de fiesta, no salís en tres”, *Perfil*, 04/01/2019

<sup>2</sup> Véase el trabajo genealógico de Ana Grondona (2015) y los abordajes especializados en la historia económica contemporánea de Aspiazú, Basualdo y Khavisse, (2004) y Schvarzer (1995), que sitúan al Plan Rodrigo, conocido popularmente como “El Rodrigazo”, como el evento clave en el desbloqueo del neoliberalismo en nuestro país. Este paquete de medidas severamente regresivas implementado por el entonces ministro de Economía Celestino Rodrigo durante el gobierno de Isabel Martínez consistió en una megadevaluación del 150%, un aumento del 100% en servicios y transportes y casi del 180% en combustibles. Mientras que el incremento salarial, producto de la resistencia que ejerció el movimiento obrero, fue apenas del 45%.

<sup>3</sup> “El picante diálogo entre Mauricio Macri y Mario Vargas Llosa sobre la situación argentina”, *Clarín*, 26/03/2019.

<sup>4</sup> Cambiemos fue la designación de una alianza electoral y gubernamental encabezada por Propuesta Republicana (PRO) e integrada también por la Unión Cívica Radical (UCR) y la Coalición Cívica-ARI. La coalición pasó a llamarse Juntos por el Cambio en el marco de la campaña electoral en la que Macri aspiró a ser reelecto y en la que fue secundado como candidato a vicepresidente por el senador Miguel Ángel Pichetto, anteriormente en las filas del Partido Justicialista (PJ). El presente trabajo indaga en una serie de cuestiones acontecidas durante el período presidencial 2015-2019, los años en los que Cambiemos fue el nombre de la coalición oficialista. Por eso mismo, en estas páginas, en pos de mantener una claridad enunciativa respecto de la temporalidad a la que se hace referencia, se mantendrá esta denominación.

modernidad de la segunda posguerra y del Estado Social que se consolidó en ese contexto.

A su vez, y en relación con lo anterior, otro tramo histórico aparecía como instancia a reivindicar desde el discurso presidencial. Al comienzo de su mandato, al anunciar la eliminación de las retenciones móviles al agro<sup>5</sup> (menos las de la soja que se redujeron cinco puntos), Macri llamó a que el país se convirtiera en el “supermercado del mundo”<sup>6</sup>, en un juego de espejos con la Argentina “granero del mundo” de finales del siglo diecinueve y principios del veinte. Tiempos del modelo agroexportador y del régimen liberal-conservador instaurado por la generación del ´80. Momento de auge comercial de los bienes primarios de la Pampa húmeda, de crecimiento económico indudable, pero en clave de dependencia de las manufacturas inglesas, con ostensibles restricciones políticas y con el sonoro vacío de un marco regulatorio de derechos laborales y sociales para los trabajadores de ese entonces.

En los términos de este trabajo, esta posición de Macri no implicó un mero giro retórico con fines electoralistas o el planteo, sin más, del tipo de inserción del país en el Sistema-Mundo actual (Wallerstein, 1979), sino que en la mención de ambos procesos históricos, el reverenciado modelo del ´80 y el denostado del Estado de Bienestar, es posible encontrar tres claves del tipo de modernización en ciernes que pretendió realizar el gobierno de Cambiemos. En primer lugar, expresaba la intención manifiesta de borrar cualquier vestigio resultante de la construcción del Estado Social en la Argentina. En segundo término, a tono con el proceso de neoliberalización en curso, desdeñaba la importancia de concretar políticas públicas que planteen regulaciones al accionar desenfrenado del capital financiero o propongan una nueva ingeniería social que permita reponer resortes para un modelo contemporáneo de sociedad organizada en torno a las problemáticas laborales actuales y a las transformaciones tecnológicas desplegadas. Y, por último, la comunicación gubernamental de Cambiemos apuntaba a la producción y propagación de un sentido común basado en los intereses parciales de un segmento de la clase dominante actual que lograra pasar como representativa del interés general.

Karl Polanyi (1954) fue quien mejor describió y analizó la magnitud que tuvo “la gran transformación” que significó el paso de la sociedad liberal clásica, o *Modernidad liberal*

---

<sup>5</sup> La crisis financiera y económica originada en la primera mitad del 2018, obligó al gobierno a retomar a disgusto un esquema de retenciones a la producción agrícola. Al momento de comunicar la medida, el presidente Macri definió a este instrumento como un “impuesto malo que va en contra de lo que queremos fomentar” (*El Día*, 3/09/2019).

<sup>6</sup> “Confirmado: Macri anunció retenciones cero, salvo para la soja”, *La Nación*, 14/12/2015.

*restringida* como la llamó Peter Wagner (1996), a la *Modernidad organizada* a partir de la seguridad social y la regulación del mercado por parte del Estado. Si partimos de definir al siglo veinte como el de la confección histórica de la idea de individuo, en tiempos de la sociedad salarial-industrial se estructuró, en palabras de Denis Merklen, “una coyuntura de un fuerte individualismo; hasta deberíamos que es la coyuntura donde el individualismo se torna una realidad por primera vez. Pero lo que se extiende a partir de 1930 es un individualismo atravesado por dinámicas que difieren radicalmente de las que operan en nuestra coyuntura de hoy” (2013: 45). Aquella fue una fase singular en la historia del capitalismo: caracterizada por la presencia de una “sociedad salarial” estructurada por el modo de producción fordista, la movilidad social ascendente, la consolidación de derechos sociales de carácter universal y la fuerte inversión pública destinada a la expansión de la demanda y el consumo de masas (Castel, 2010).

El Estado de Bienestar del peronismo estuvo enmarcado en este período de la *Modernidad organizada* (Peter Wagner) o *capitalismo embridado* según la definición de David Harvey (2007). Etapa de expansión económica y política de la clase trabajadora que terminó siendo un interludio de treinta años entre la pauperización y la marginalidad de la *Modernidad restringida* del siglo diecinueve y comienzos del siglo veinte, y la precarización laboral y la exclusión de la *modernidad desorganizada* y postsalarial actual o *capitalismo desembridado* en los términos de Harvey.

A partir de esos antecedentes, el modo singular en el que se interpretó la historia desde el discurso de Cambiemos no se debe subestimar porque indica ciertos trazos no tan evidentes de su proyecto gubernamental. En este punto, resulta pertinente agregar dos alusiones presentes en las intervenciones de Macri, referidas a dos momentos históricos recientes. El primer momento es de la década de los noventa marcada por los dos mandatos presidenciales de Carlos Menem, modelo al que anteriormente el líder de Cambiemos se refiriera elogiosamente y que era implícitamente reivindicado tras la proclama oficial de “volver al mundo”. Década en la que gravitó el liderazgo de Carlos Menem, quién puso al aparato partidario peronista al servicio de la ortodoxia liberal y el capital financiero. El otrora caudillo riojano, que hiciera campaña en el `89 con el “salariazó y la revolución productiva”, fue definido por Mauricio Macri como “el gran transformador” en una recordada entrevista televisiva<sup>7</sup>.

La otra instancia es la de los años del kichnerismo: experiencia demonizada y deslegitimada

<sup>7</sup> El reportaje fue realizado por el periodista Luis Majul a Macri en su programa La Cornisa, s.f. Extraído de: <https://www.youtube.com/watch?v=bCU7fbQZsVk> [consultado el 15 de abril de 2020].

por Cambiemos, indicada como *el campo enemigo o campo de adversidad* (Foucault, 2008), respecto del cual se constituyó en clave refractaria la identidad de esta derecha contemporánea. El kirchnerismo, combinación de posiciones de centroizquierda y nacional-populares, en su afán de generar ciertas formas de regulación social y restablecimiento del mercado interno expresó – y expresa - para el macrismo, y su base electoral más férrea, la representación de un pasado absolutamente irrecuperable, al que no habría que retornar de ninguna forma. La cara local del “populismo estatista”.

La cristalización identitaria de lo que terminará siendo Cambiemos comenzó durante las protestas de las patronales rurales contra el aumento de retenciones al agro por parte del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, en la primera mitad del año 2008. La alianza encabezada por Propuesta Republicana (PRO), encontró su principal eje de articulación en el campo del antikirchnerismo. La mentada “grieta” fue uno de sus sentidos constitutivos. En los términos propuestos por Gabriel Vommaro, “el conflicto de 2008 proveyó narrativas sólidas a las dos identidades en disputa, de las que hasta entonces carecían” y “en tanto estas narrativas se construyeron en términos político-morales excluyentes, definieron un escenario que tendía a dividir en dos el espacio político, mientras reforzaba el cierre sobre sí mismas de ambas identidades” (2017: 37).

## **2. Desarrollo:**

### **La apuesta de Cambiemos por el “cambio cultural” y la sociedad post-salarial**

La apelación al “cambio cultural” estuvo presente desde el inicio de la presidencia de Mauricio Macri y, a medida que la situación económica se agravó, se convirtió en el principal recurso argumentativo junto con los mencionados setenta años de “atajos” y decadencias<sup>8</sup>. La proclama del “cambio cultural” se propagó desde las altas esferas gubernamentales y se repitió como un mantra en el vértice que descendía desde las cumbres ministeriales y pasaba por los cuadros intermedios hasta ingresar en las redes sociales y en la conversación vecinal, en todas las dimensiones y niveles del debate público. El objetivo evidente fue el de dotar de respaldo social, incluso popular, a este reordenamiento en curso que precisaba del mediano y largo plazo para consolidarse. Para lograr ese fin resultaba fundamental sintonizar con ciertos anhelos, aspiraciones, deseos, temores, razones y emociones, que anidan en las distintas capas de la sociedad.

---

<sup>8</sup> Apegado al “amor” y la “herencia”, Macri instó a recomponer la relación con el electorado, *La Tecla Info*, 21/03/2019.

Si la sociedad es pensable en el terreno de lo discursivo (Angenot, 2010), y si el discurso social representa y a la vez reproduce la realidad social, el conflicto en torno a lo político radica - en parte - en la disputa por los sentidos y narrativas dominantes. El macrismo, quizás como ninguna otra fuerza política desde el retorno de la democracia en adelante, mostró una inclinación especial por tramar una estrategia comunicacional basada en la demonización de mediaciones y estructuras de importancia central en los tiempos del Estado Social, aún persistentes y relevantes, como es el caso de las organizaciones sindicales, de la propia gestión estatal de empresas públicas o de los modos de participación ligados a la valoración de la militancia política<sup>9</sup>. Notoriamente, las organizaciones sociales, más recientes en su desarrollo histórico, también sufrieron este embate gubernamental con la Túpac Amaru como caso emblemático a partir de la persecución político-judicial desatada contra su lideresa Milagro Sala.

Como toda fuerza política con vocación de poder y al verse potenciados sus recursos de gobernanza por haberse hecho con los resortes del Estado nacional y de la provincia de Buenos Aires, el macrismo buscó direccionar a la opinión pública en relación a su interés de clase y legitimar el modo de dominación que pretendía (Bourdieu, 1999) hasta tornarlo hegemónico (Gramsci, 1975).

La coalición Cambiemos se caracterizó por un intenso apego por formatos y mecanismos inéditos en la gestión estatal a nivel nacional, basados en los dispositivos empresariales de organización emergidos en las últimas décadas. Se trataba de generar, desde mensajes cargados de una retórica de la positividad vinculada a fuertes corrientes basadas en las libertades creativas y emprendedoras, “un programa modernizador acorde con un ethos empresario flexible e internacionalizado” (Vommaro, 2017: 17). Un proyecto en el que el lugar principal lo ocuparan managers de mediana edad, CEOs devenidos en gestores de lo público, portadores de lo que se ha dado en llamar “el nuevo espíritu del capitalismo” cuyas cualidades serían “la autonomía, la espontaneidad, la movilidad, la capacidad rizomática, la pluricompetencia (en oposición a la rígida especialización de la antigua división del trabajo),

---

<sup>9</sup> Martín Cortés, en el prólogo de *Radiografía política del macrismo*, de Andrés Tzeiman, formula con claridad esta cuestión: “La construcción de las “mafias” como enemigos a vencer fue tomando formas cada vez más concretas al tiempo que el gobierno avanzaba. Y del difuso narcotráfico (cuyo combate era una de las tres candidas espadas de la campaña presidencial de Macri, junto con la “pobreza cero” y “unir a los argentinos”) nos encontramos luego con las más concretas “mafias sindicales” para llegar al ojo mismo de la tormenta: el fuero laboral” (2017: 19). Tzeiman profundiza en este aspecto: “El mensaje debe ser muy contundente: quienes escojan la posibilidad de enfrentarse al gobierno a través de la organización colectiva, a partir de ahora, ya no les resultará gratis, pagarán un elevado costo por ello” (2017: 91).

---

la convivencialidad, la apertura a los otros y a las novedades, la disponibilidad, la creatividad, la intuición visionaria”, (Boltanski y Chiapello, 2002: 149).

Favorecido por el clima de impugnación a los partidos políticos tradicionales y, en especial, con un electorado antiperonista desencantado y en estado de disponibilidad luego de la debacle, en diciembre del 2001, de la Alianza encabezada por la Unión Cívica Radical (UCR), el macrismo - primero con el nombre Compromiso para el Cambio y luego como Propuesta Republicana (PRO) - inició su propia “larga marcha” que lo catapultaría a ser el primer partido ubicado a la derecha del espectro ideológico en llegar al Poder Ejecutivo a través de elecciones democráticas (Vommaro, 2017).

Pese a construir su trayectoria profesional a partir de su rol de heredero de un holding familiar que se enriqueció, expandió y benefició con la estatización de la deuda privada durante la última dictadura cívico-militar y con su involucramiento en recordados y controvertidos negociados con la obra pública en las décadas siguientes, Mauricio Macri aprovechó su figura de joven empresario y presidente exitoso de uno de los clubes más populares del país para cimentar su carrera política con el aura de lo nuevo; como el líder de una generación de gestores venidos del mundo privado que se proponían romper con las viejas lógicas de la política clásica.

Propuesta Republicana (PRO), el partido de Macri y principal fuerza política dominante entre las que integraron la alianza Cambiemos, fue el resultante de cinco vertientes: la derecha tradicional, peronistas porteños, radicales, cuadros empresariales y profesionales de los *think tanks* y las ONG (Belloti, Morresi y Vommaro, 2015; Vommaro, 2017). A lo largo de su derrotero, desde los años de gestión en la Ciudad de Buenos Aires entre 2007 y 2015, pasando por su creciente predominio en el arco antikirchnerista a partir del conflicto por la Resolución 125, y su inesperada llegada a la Casa Rosada encabezando Cambiemos, el macrismo articuló un lenguaje emprendedor y meritocrático basado en el mito de la igualdad de oportunidades y el voluntarismo individual (Canelo, 2019) que atrajo no sólo a sectores de la clase media-alta y a los bastiones tradicionales de la clase dominante, sino que interpeló eventualmente a grupos sociales medios y medios-bajos.

El macrismo gobernante se constituyó como un intento de actualización de un diseño modernizador-neoliberal “desde arriba” pero interrelacionado con corrientes de demandas de agenciamiento provenientes desde el centro y desde abajo de la sociedad, de instituciones y agentes intermedios, e incluso de actores ubicados en entramados abigarrados de la economía popular y social que se ven condicionados, sufren, pero también

negocian, tensionan, usufructúan y/o resisten la instrumentación de políticas neoliberales y, más en profundidad, el despliegue de una razón neoliberal que opera en todos los niveles y se pliega y enlaza con otros modos de acción existentes. Según la tesis de Dardot y Laval: “el neoliberalismo, antes que una ideología o una política económica, es, de entrada y ante todo, una *racionalidad*; en consecuencia, tiende a estructurar y a organizar, no sólo la acción de los gobernantes, sino también la conducta de los propios gobernados. La racionalidad neoliberal tiene como característica principal la generalización de la competencia como norma de conducta y de la empresa como modelo de subjetivación” (2013: 15).

Esta estrategia tuvo su réplica en un diseño de gestión gubernamental y en un proceso acelerado de modernización social que apuntó no sólo a actualizar la tradición del *laissez faire* sino a ir más allá de los esquemas de la sociedad liberal clásica. Cambiemos llevó a cabo un diseño gubernamental a tono con un “nuevo individualismo”, consustanciado con una serie de dinámicas de individuación que diferencian a la fase actual (posfordista) de la precedente. Políticas del individuo que apuntaron a una producción del individuo en sí (Merklen, 2013), políticas gubernamentales tendientes a “estructurar un campo posible de acción de los otros” (Foucault, 2001: 253-254), mutación en la forma de poder por medio del principio de “dejar hacer” (Rodríguez, 2019), del impulso a los deseos de libertad individual y de competencia, desplazamiento de una teoría del sujeto a formas de subjetivación que constituyen una pragmática de sí (Gago, 2014).

La invocación de la figura del emprendedor, asentada en la idea del empresario de sí mismo y estimulada al punto de ser el héroe anónimo por excelencia del macrismo (Natanson, 2018), respondió a este despliegue en cuestión. A la vez, resultaba una figuración pomposa que servía para edulcorar la trama de precarización, flexibilización y tercerización que comúnmente la subyace. Tal como sucede con las empresas detrás de las aplicaciones en servicios, transporte y mensajería, que llaman “facilitadores” o “socios” a sus trabajadores precarizados para no pagarles las cargas sociales ni otorgarles los derechos correspondientes.

El proceso de descolectivización que opera desde el fin de la sociedad salarial gravita de distinto modo en los diferentes sectores sociales. Más proclives al aislamiento y a las formas sociales de lo privado, los sectores medios y medios-altos se tornan más exigentes en relación a los deseos y pulsiones de libertad individual. Incluso, en algunos casos, los excesos de recursos y bienes que poseen los vuelven *Individuos por exceso* como diría Robert Castel (2012). Individuos solipsistas que conciben a la sociedad como límite a su libertad.



Las clases populares son menos permeables a esa atomización y aislamiento por las condiciones cotidianas en las que transitan. Pese a los cambios operados en la sociedad contemporánea, mantienen otro tipo de vínculos y otra relación con el espacio público. La politicidad y las lógicas de acción de los sectores populares no pueden ser conceptualizadas a partir de nociones abstractas y deshistorizadas de ciudadanía, sino a partir del desmembramiento del Estado social y de la propia experiencia de los sectores populares en el proceso de consolidación del neoliberalismo como tecnología de gobierno y de la posmodernidad como su aliento cultural. De acuerdo con Verónica Gago, “la pluralización del neoliberalismo por las prácticas provenientes “desde abajo” permite ver su articulación con formas comunitarias, con tácticas populares de resolución de la vida, con emprendimientos que alimentan las redes informales y con modalidades de negociación de derechos que se valen de esa vitalidad social” (2014: 18).

Condicionados pero no determinados, los sectores populares lidian con relaciones asimétricas pero no dejan de reflexionar, de tomar decisiones, de generar focos de resistencia y actuar sobre la base de un conjunto de motivaciones propias y complejas. Y para ahondar más en la cuestión, incluso en condiciones adversas, pudieron y pueden contraponer lógicas de acción como sucedió con los movimientos sociales a partir de mediados de la década del `90 y, a otro nivel, como sucede ahora con la lucha por el empleo registrado y el derecho a organizarse sindicalmente que llevan adelante los trabajadores de multinacionales pertenecientes a la economía de plataformas como Glovo, Rappi o Pedidos Ya. Como diría Pablo Semán, “en el marco de sus derrotas, los subordinados ganan espacio para hacer algo con lo que les querían hacer” (2006: 26).

De acuerdo con Chatterjee, “la gubernamentalidad siempre opera en un campo heterogéneo, sobre múltiples grupos de población y con múltiples estrategias”. En ese marco, el éxito de las demandas de los excluidos dependen “enteramente de la capacidad de los grupos de población para movilizar el apoyo e influir en la implementación de la política gubernamental a su favor” (2008: 221). En la ambivalente y multiforme relación del gobierno de Cambiemos con los movimientos sociales, que incluyó persecución, represión y diálogo, tensiones, negociaciones, derrotas, conquistas y hasta limitadas concesiones arrancadas al ministerio de Desarrollo Social a cargo de Carolina Stanley, puede encontrarse un ejemplo ilustrativo de los claroscuros y matices que tiene esta dinámica “enmarañada”, al decir de Chatterjee, entre sectores subalternos y la elite dirigente, en esas instancias en las que se superponen la dimensión gubernamental y la ciudadana, que dan

---

forma a lo que este pensador de la India poscolonial denominó como *Sociedad política* (2008).

El macrismo, entonces, se configuró como una novedosa estrategia gubernamental o nueva fase programática neoliberal en la Argentina sustentada en *políticas de individuación* (Merklen, 2013), con el objetivo de perfilar un orden social que debilite los modos de construcción institucional y colectivos propios de la modernidad organizada hasta tornarlos vetustos, irrelevantes e impotentes. Esta estrategia de dominación estuvo sostenida e imbricada con una apelación a las libertades individuales que datan del último tramo de la modernidad organizada. Demandas sobre las que volvieron los predicadores neoliberales a partir de los años `70 con el colapso de la fase keynesiana del capitalismo, vaciando y capturando en buena medida el contenido libertario, contestatario – y también igualitarista que tuvieron estos reclamos en la década del `60-.

La crítica al Estado y a sus instituciones cambió de bando con la modificación de las condiciones históricas. La crítica pasó de la izquierda radical a la derecha radical o neoconservadora (Bell, 2007). Según David Harvey: “todo movimiento político que sostenga que las libertades individuales son sacrosantas es vulnerable a ser incorporado al redil neoliberal. Por ejemplo, las revueltas políticas que barrieron el mundo en 1968 estuvieron declinadas, de manera muy acusada, con el deseo de conseguir una mayor libertad individual. Demandaban libertad frente a los constreñimientos paternos, educativos, corporativos, burocráticos y estatales. Pero el movimiento del 68 también tenía la justicia social como objetivo político fundamental” (2007: 49).

El neoliberalismo elaboró -desde sus comienzos como una corriente teórica marginal que buscaba confrontar con el keynesianismo dominante en los tiempos de la segunda posguerra (Toussaint, 2012)- una perseverante construcción impulsada principalmente por sus tres intelectuales orgánicos (Gramsci, 1975) más emblemáticos: Ludwig Von Mises -que visitó la Argentina en 1959 e influyó en los primeros tramos de trayectoria del neoliberalismo local (Grondona, 2015)-, Friedrich von Hayek y Milton Friedman.

Esta corriente instaló, a través de sus crecientes ramificaciones en los llamados *think-tanks*, universidades, medios de comunicación y en el mundo empresarial, un clima de opinión que comenzó a tornarse dominante en los años setenta marcados por la crisis del modelo industrialista-bienestarista y el ascenso del capital financiero. Traspaso de un “capitalismo embridado”, en el que las actividades empresariales y corporativas se encontraban constreñidas por una red de instituciones sociales y políticas, a un “capitalismo

desembridado” en el que prima la desregulación del mercado y el desmembramiento de la seguridad social (Harvey, 2007).

Del control del desplazamiento de los cuerpos, lo territorial y material, a la autoexplotación de la psiquis y el dominio de lo inmaterial. De lo limitado a lo ilimitado, de la negación a la positividad, del panóptico disciplinario y limitante de Bentham en el que la información personal se otorgaba por coacción al panóptico digital en el que las personas (usuarios) exponen sus contenidos voluntariamente mientras el sentido del tiempo se reconfigura en una suerte de presente absoluto en el que se impone la conectividad permanente, la iniciativa constante, la demanda de activación en todo momento y lugar.

Dicho proceso fue entrevisto por Michel Foucault que, en sus últimos años, redireccionó sus estudios hacia lo que entendía como una nueva forma gubernamental basada en un “nuevo orden interior”. Este Foucault tardío reactualiza su teoría y su método al calor de las transformaciones y variaciones que produce la nueva fase histórica en curso. En los términos de Pablo Rodríguez, Foucault salió “del encierro disciplinario por la vía de la biopolítica que pudo durante un tiempo complementarse con la disciplina, salió después – un par de años después – de la biopolítica balanceándola con la gubernamentalidad, que se volvió contra la disciplina; y de la gubernamentalidad pasó directamente a la subjetivación en los últimos cinco años de su vida” (2009: 49).

En aquél momento aluvional de comienzos de los años setenta, la mencionada crisis del modelo keynesiano-fordista aconteció en simultáneo al crecimiento de las corrientes de oposición a cualquier forma de intervención o regulación estatal del mercado. Esta posición, que tuvo su primer experimento gubernamental en el Cono Sur de América Latina, a través del programa económico neoliberal implementado por los llamado “Chicago Boys” durante la dictadura de Augusto Pinochet en Chile, comenzó a ocupar el centro de la escena y a emerger como nuevo paradigma en materia de política económica y, más aún, como diseño y ejecución general de las políticas gubernamentales. Lejos de reducirse a un cambio en las altas esferas de la gestión estatal o en la orientación macroeconómica, el dispositivo neoliberal en marcha apuntaba, en verdad, a una modificación más profunda de la sociedad, intentando una reconfiguración de carácter antropológico sintetizada famosamente por Margaret Thatcher: “las ciencias económicas son el método, el objetivo es cambiar el corazón y el alma” (Lazzarato, 2020: 30).

A su vez, este proceso de neoliberalización se entrelazó con una nueva estructura de sentimientos (Williams, 1997), un nuevo paradigma cultural, un cambio en los modos de

concebir la relación con el espacio y el tiempo, una transformación inédita en la propia experiencia social. La mutación en el modelo de acumulación, del capitalismo industrial al posindustrial, fue la condición del alumbramiento de un nuevo modelo cultural hegemónico. En palabras de Harvey: “La neoliberalización requería tanto política como económicamente la construcción de una cultura populista neoliberal basada en un mercado de consumismo diferenciado y en el libertarismo individual. En este sentido, se demostró más que compatible con el impulso cultural llamado ‘posmodernidad’.” (2007: 50).

Resultante de la crisis de un modo de vida, la posmodernidad se constituyó como el modelo cultural hegemónico (Jameson, 2013). Este cambio de paradigma introdujo también la proliferación de nuevos lenguajes. La posmodernidad fue analizada de diversas formas: como expresión de una crisis de creación que encuentra su epicentro en la experiencia artística (Steiner, 1994), como desvío del proyecto de la razón ilustrada que aún, pese a todo, mantendría su vigencia (Habermas, 1995), como sinónimo de eclecticismo y dominado por la técnica del collage (Castoriadis, 1988), como disolución de los grandes relatos que configuran la experiencia de la modernidad (Lyotard, 2004) y/o como un momento de saturación de las imágenes (Jameson, 2013).

Con la emergencia de la posmodernidad, asistimos a una escena contemporánea que se define antes que por parámetros éticos, por lineamientos estéticos. Una vida social delineada por la cristalización de un estilo de vida performático, orientado a los otros, que puede definirse como el ejercicio de una nueva superficialidad basada en la saturación de imágenes. Una época en la que la constitución del lazo social se da a partir de emociones e intensidades afectivas que constituyen subjetividades intensas vinculadas a una noción del espacio en perpetuo movimiento y dinamismo. Sujetos – actores – propensos a deconstruirse, obligados a adaptarse a la incertidumbre y el cambio permanente.

Fase keynesiana del capitalismo, la sociedad salarial-fordista vio emerger en su tramo final la omnipresencia de la sociedad de consumo establecida como epicentro de la vida social. Así lo detectó Jean Baudrillard, al observar en la segunda mitad de los años ´60, como la forma consumo podía ser pensable como el modo activo de las relaciones sociales y, a la vez, como manipulación sistemática de signos. Dicho de otro modo, la proliferación de un “consumismo” de signos, no de objetos. Para Baudrillard (2007) no hay comienzo ni final a partir del principio *imaginal* predominante, sólo hay circulación, plenitud estetizada, las condiciones de una cultura visual.

En ese contexto, sobre una mencionada argumentación basada en la defensa de las

libertades individuales y al rechazo a toda forma de intervención estatal, la corriente neoliberal emergió como una opción disponible. Este fue el cuadro histórico general en el que se desarrolló el propio proceso neoliberal afincado en la realidad argentina.

En la etapa actual, este régimen de dominación se muestra más sutil y refinado. No precisa apelar regularmente a la coerción directa de la sociedad disciplinaria (Foucault, 2015); excepto en momentos de crisis o de alta conflictividad social en los que puede recurrir al accionar represivo. Pero, con mayor frecuencia, el neoliberalismo contemporáneo efectúa una forma más inteligente de sometimiento basada en una suerte de ilusión de libertad individual que conlleva, en fatal dialéctica, a una coacción ilimitada (Han, 2014).

En esta fase tardía del ciclo histórico del neoliberalismo, marcada por avances y retrocesos a nivel global, caracterizada por la disputa entre experiencias neokeynesianas progresistas por un lado y el ascenso de extremas derechas por el otro, ante la gradual descomposición y al mismo tiempo el empecinado sostenimiento del régimen neoliberal, la coalición Cambiemos explotó hasta el paroxismo las formas viejas y nuevas heredadas de lo se ha denominado la estetización de la política (Benjamin, 2007). En sintonía con los patrones dominantes impuestas por la proliferación incesante de los nuevos alcances impuestos por la reconversión digital en curso, más dispuesto a lo visual-emocional que a lo discursivo-argumentativo, la coalición encabezada por Mauricio Macri tuvo entre sus fortalezas – desde el recurso a la comunicación como muestrario de gestión en tiempos de redes sociales e hiperconectividad.

En esos lineamientos, el macrismo fue elaborando y refinando, sobre la base de la experiencia realizada durante los años de gestión en la Ciudad de Buenos Aires, un mensaje visual-argumentativo. Un tipo de persuasión propia del marketing y la publicidad contemporáneos, individualmente direccionada y bien informal, para mostrar cercanía con la ciudadanía. Una estrategia comunicacional orientada a un “vos”, sin referencias colectivas, destinada a individuos envueltos en una interacción incesante con sus dispositivos móviles. Una lógica gubernamental orientada a ciudadanos-consumidores subjetivados por dispositivos basados en el flujo constante de imágenes.

### **3. Reflexiones finales**

Deslegitimado en lo político-institucional durante la crisis del 2001, el neoliberalismo se mantuvo activo en ciertos niveles estatales pese a los lineamientos generales posneoliberales y neobienestaristas que intentaron llevar adelante los gobiernos kirchneristas. Pero, sobre todo, el neoliberalismo se mantuvo y continuó proliferando a nivel

micro-social y molecular, incrustado en prácticas y saberes, en los modos de consumo, en las formas de relacionarse, en la aceleración desregulada de los flujos de información, en los modos de representación y autorepresentación de individuos, clases y grupos sociales.

El neoliberalismo logró atravesar todas las esferas de la vida social, configurando un modo de ser, un ethos, una racionalidad como se ha dicho, sostenido en un proceso de subjetivación global que encontró su mejor y más completo modo de inserción “desde arriba”, su molde vernáculo, en el proyecto de gobierno trazado por la franquicia partidaria de Mauricio Macri.

El pensamiento neoconservador, relevante en los años setenta, pugnaba por “regresar al día anterior del 14 de julio de 1789 pero manteniendo el sistema capitalista” (Bell, 2007), es decir postulaba frenar todo tipo de impulso libertario – menos el del mercado de grandes capitales - y juzgaba cualquier grado de ampliación cultural como causante de anomia y disolución social. En la segunda década del siglo en curso, el neoliberalismo ha retomado cierta estela de aquella visión neoconservadora: al tiempo que intensifica los repertorios de acción (Tilly, 2000) de los ciudadanos consumidores, en beneficio de la expansión incontrolada del capital financiero, ve crecer en su seno la proyección de una serie de *posfascismos* (Traverso, 2018), o extremas derechas en ciernes, que tienen como rasgo común una fuerte prédica en contra de la continuidad y el avance de los derechos culturales y sociales.

En el inicio de su mandato presidencial, Mauricio Macri buscó mostrar una impronta modernizante, desestructurada y flexible, a tono con los dispositivos de la gestión empresarial, tanto en el plano de la correlación de fuerzas internas de la alianza Cambiemos, como en el perfil comunicacional de su liderazgo y en la estrategia de inserción de Argentina en el mercado internacional, apostando por lo que se ha llamado *neoliberalismo progresista* (Fraser, 2019), suerte de vector de una onda globalizadora en clave multicultural y discursivamente correcta en materia de derechos individuales. Sin embargo, la estrategia gubernamental de Cambiemos resultó equívoca en su interpretación de las condiciones externas, en el tipo de inserción económica aperturista y financiera que intentó a partir de su mentada “vuelta al mundo”, y se resquebrajó ante un nuevo escenario marcado justamente por la crisis de legitimidad de las expresiones partidarias asociadas a este neoliberalismo progresista o también llamado *progresismo reaccionario* o *derecha progresista* (Forster, 2016 y 2019), ortodoxas en materia fiscal-distributiva y políticamente correctas en materia de derechos individuales.

En simultáneo con el discurrir de la presidencia de Mauricio Macri, el curso neoliberal exhibía signos de una creciente descomposición combinado con un intento de reconfiguración a nivel global sostenido en la propensión a inclinarse por una relanzada mixtura entre formas propias del autoritarismo carismático, el nacionalismo de sesgo reaccionario y la expansión de la economía de mercado en modo financiero-digital. De acuerdo con Wendy Brown (2020), el neoliberalismo reactivó su impronta reaccionaria como efecto derivado de la crisis económica de 2008, y como respuesta a los diversos movimientos alternativos a su dominio que emergieron a escala global, retomando parcialmente la inflexión autoritaria y fascistizante que lo caracterizó en los inicios de su ciclo histórico dominación sistémica a mediados de los años setenta, signados por la instrumentación de programas macroeconómicos *de shock* ejecutados por las dictaduras que asolaron el Cono Sur del continente americano (Lazzarato, 2020).

Esta emergida y también heterogénea constelación de *posfascismos* exhibió como un rasgo común el recurso a la exhortación defensiva y esencialista de elementos patrióticos, discriminatorios y patriarcales basados en imperativos pre-reflexivos y vehiculizados mediante una interpelación directa, por lo general a través de las redes sociales, realizada por parte de figuras presentadas como *outsiders* y contrarias a las dirigencias políticas tradicionales. Estos líderes ascendentes buscaron por lo general conectar con un conjunto social constituido por sectores populares y medios afectados por las transformaciones de las últimas décadas, en algunos casos de tradición obrerista, perjudicados por los cambios operados en el mundo del trabajo en las últimas décadas (Frank, 2009; Brown, 2020). Estos sectores, a nivel grupal e individual, configuraron el soporte principal de estas derechas reaccionarias en ciernes, junto a otros grupos o individuos más volubles, ubicados por lo general en la llamada pequeña burguesía.

Sin obviar su inicial desconcierto ante el surgimiento y ascenso de estas extremas derechas que tuvieron a la irrupción de Donald Trump y luego de Jair Bolsonaro como sucesos paradigmáticos que reconfiguraron a la escena política continental e internacional, la propia alianza Cambiemos reforzó esa disposición que había mostrado, desde los años de gestión del PRO en la ciudad de Buenos Aires, de sintonizar con ciertos prejuicios y valores reaccionarios que anidan en parte de la sociedad argentina.

Desde un comienzo, la trama discursiva de la Alianza Cambiemos apareció fuertemente imbricada con esta “derecha capilar” (Forster, 2016), capaz de servirse del malestar “cualunquista” (Casullo, 2007) arraigado en sectores medios y medios-bajos y potenciado bajo las actuales formas del cuentapropismo y el emprendedurismo (Gago, 2014).

Basado en la supuesta eficacia del “mejor equipo de los últimos cincuenta años”<sup>10</sup>, conformado por CEOs y Managers devenidos en funcionarios ubicados en áreas estratégicas del gobierno, en su publicitado interés por renovar la estructura estatal, en su explícito desdén por la argumentación política, o en la negación de los elementos ideológicos, sociales y/o históricos en los que se respaldaban sus políticas gubernamentales, Cambiemos pretendió combinar la introducción de un estilo flexible y moderno en la orientación del Estado, sujeto al paradigma de la gestión empresarial, con la exacerbación de un enfoque reaccionario y represivo en materia de seguridad y del conflicto social.

Ambas aristas – la pragmática y la represiva - fueron parte de los elementos constitutivos que configuraron a la derecha neoliberal expresada por Cambiemos. Ambos elementos aparecieron de un modo combinado a lo largo de los cuatro años de gobierno como lo demuestran el encarcelamiento sin sentencia de opositores políticos, el cuestionado rol del gobierno macrista en los casos de desaparición y asesinato de manifestantes como ocurrió en la Patagonia argentina con los jóvenes Santiago Maldonado y Rafael Nahuel o en el respaldo público de la ministra de Seguridad y el presidente Macri a un policía que disparó y mató por la espalda, suceso a partir del que la ministra Patricia Bullrich obligó a instrumentar la llamada doctrina Chocobar que habilita a disparar a las fuerzas de seguridad a personas en presunta situación de fuga.

Envalentonado luego del triunfo en las elecciones de medio término, la acumulación de poder del macrismo se encontraba en una fase ascendente hasta que se encontró con un primer freno: las masivas protestas contra la reforma previsional en diciembre del 2017. El oficialismo logró que saliera la ley de reforma jubilatoria a costa de masivas protestas que desbordaron la cruenta represión desatada en la Plaza de los Dos Congresos. Aquella estrecha victoria parlamentaria resultó pírrica porque a partir de ahí la correlación de fuerzas no fue la misma y no se siguió adelante con una agenda que incluía sendas reformas laborales y tributarias, postergadas hasta nuevo aviso.

La crisis cambiaria, disparada en el otoño de 2018 y seguida de una aguda recesión, dejó al gobierno en un indisimulable estado de debilidad que intensificó las tensiones al interior de Cambiemos y aplazó los pronósticos de reelección asegurada. El inevitable colapso ocurrido como consecuencia de la anunciada insustentabilidad de su propio programa económico (Scaletta, 2017), momentáneamente apaciguado con la consiguiente subordinación a las directivas del Fondo Monetario Internacional (FMI), significó el punto de cierre de una etapa

<sup>10</sup> Mauricio Macri definió de ese modo a su gabinete durante la presentación de su “equipo” gubernamental, realizada el 2 de diciembre de 2015, pocos días antes de asumir la presidencia.



que algunos comunicadores y analistas políticos, cercanos al gobierno, llamaron “gradualista”. En su última etapa, Cambiemos exhibió una reforzada inclinación hacia lo que se ha calificado como *populismo punitivista* (Canelo, 2019), un intento de imponer un paradigma represivo en materia securitaria que se volvió central en el discurso presidencial y en el de la ministra Bullrich, pergeñado a medida de la ola regresiva que parecía asolar a la región con “el efecto Trump” que llegada desde el norte y con la presencia lindante de Jair Bolsonaro en Brasil.

El 2019, último año del mandato de Mauricio Macri, se vio signado por la profundización de una crisis económica reflejada en la pérdida relevante del poder adquisitivo de sectores medios y populares y en el acuciante problema de la deuda externa tomada por Cambiemos. La coalición encabezada por el PRO naufragaba en un océano de dificultades: a la situación económica en estado crítico se le agregaban los crecientes “pases de factura” al interior de la coalición de gobierno y el clamor en modo *sottovoce* de dirigentes y empresariados aliados para que Macri le cediera su candidatura a María Eugenia Vidal. Este clima en ebullición desencadenó en la contundente derrota del oficialismo a manos del opositor Frente de Todxs, en las elecciones primarias (PASO) del 11 de agosto de 2019<sup>11</sup>.

En esas circunstancias, la estrategia comunicacional gubernamental buscó amortiguar los efectos de una realidad adversa apelando a su “marca” identitaria desde los tiempos del conflicto por las retenciones en el año 2008: la demarcación de un otro concebido como populista y antirrepublicano. Esta operación que estuvo presente a lo largo de todo el mandato de Macri pero que se reavivó fuertemente en el último año electoral, consistió en la demonización y estigmatización del kirchnerismo como ejemplo más reciente de los supuestos setenta años de decadencia.

Frente a un casi seguro escenario de derrota contundente que lo alejara del lugar de fuerza política opositora dominante en el nuevo mapa político que emergería, en el último tramo previo a la elección del 27 de octubre, el macrismo logró impulsar una serie de movilizaciones a su medida. Concentró a amplios grupos sociales pertenecientes principalmente a los sectores medio-altos y altos de las grandes ciudades ubicadas en la Pampa húmeda, en algunos casos más antikirchneristas que pro-macristas, y realizó una serie de actos masivos que le permitieron recuperar musculatura política de cara a una

---

<sup>11</sup> Según la Cámara Nacional Electoral, el escrutinio definitivo de las PASO marcó una diferencia de casi 16 puntos porcentuales entre el Frente de Todxs y Juntos por el Cambio. La fórmula Fernández-Fernández de Kirchner alcanzó el 47,78 por ciento frente al 31,79 que obtuvo el binomio Macri-Pichetto.

salida decorosa que le otorgará algo de fortaleza y credenciales de perdurabilidad. Finalmente, la fórmula de Alberto Fernández y Cristina Fernández de Kirchner triunfó en primera vuelta con el 48,24 por ciento pero Juntos por el Cambio - nueva designación de Cambiemos – se recuperó respecto de su performance en las PASO, se consolidó como la segunda fuerza nacional con la considerable cifra de 40,28 por ciento y se aseguró, al menos en el tiempo inmediato, la representatividad predominante del arco social y político opositor en el que se funden el antiperonismo de antaño y el antikirchnerismo reciente.

#### **4. Bibliografía**

- Angenot, M. (2010), *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Baudrillard, J. (2007), *El sistema de los objetos*, México, Siglo XXI.
- Bell, D. (2006), *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Buenos Aires, Alianza.
- Belloti, A., Morresi, S., Vommaro, G. (2015), *Mundo PRO. Anatomía de un partido fabricado para ganar*, Buenos Aires, Planeta.
- Benjamin, W. (2007), *Conceptos de Filosofía de la Historia*, Buenos Aires, Caronte.
- Boltanski, L. y Chiapello, E. (2010), *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal.
- Bourdieu, P. (1999), *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba.
- Bourdieu, P. (2005), *Una invitación a la sociología reflexiva*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Brown, W. (2020), *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*, Buenos Aires, Tinta Limón.
- Canelo, P. (2019), *¿Cambiamos? La batalla cultural por el sentido común de los argentinos*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Casullo, N. (2007), *Las Cuestiones*, Buenos Aires, FCE.
- Castoriadis, C. (1988), "Transformación social y creación cultural", Buenos Aires, Revista Punto de Vista, Número 32.
- Castel, R. (2012): *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Chatterjee, P. (2008) "La política de los gobernados", en *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*, Buenos Aires, Siglo XXI y CLACSO.

- 
- Featherstone, M. (2000), *Cultura de consumo y posmodernismo*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Forster, R. (2016), *La repetición argentina. Del kirchnerismo a la nueva derecha*, Buenos Aires, Marea.
- (2019), *La sociedad invernadero. El neoliberalismo: entre las paradojas de la libertad, la fábrica de subjetividad, el neofascismo y la digitalización del mundo*, Buenos Aires, Akal.
- Foucault, M. (1999), *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI.
- (2001) "El sujeto y el poder". En Hubert Dreyfus y Paul Rubinow. *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- (2008), *El nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1977-1978)*, Buenos Aires, FCE.
- Fraser, N. (2019), *¡Contrahegemonía ya! Por un populismo progresista que enfrente al neoliberalismo*, Siglo XXI.
- Gago, V. (2014), *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*, Buenos Aires, Tinta limón.
- Gramsci, A. (1975), *Los intelectuales y la organización de la cultura*, México, Juan Pablo Editor.
- Grondona, A. (2015), Aportes para una genealogía del neoliberalismo en Argentina, en Murillo, S. (eds.), *Neoliberalismo y gobiernos de la vida* (95-118), Buenos Aires, Biblos.
- Habermas, Jürgen. (1995), "Modernidad, un proyecto incompleto", en *El debate modernidad-posmodernidad* (Antología), Nicolás Casullo, Buenos Aires, El Cielo por Asalto.
- Harvey, David. (2007), *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal.
- Jameson, Fredric (2002), *El giro cultural*, Buenos Aires, Manantial.
- Laval, C. y Dardot, P. (2013), *La nueva razón del mundo*, Barcelona, Gedisa.
- Lazzarato, M. (2020), *El capital odia a todo el mundo. Fascismo o revolución*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- Liotard, J.F. (2004), *Qué era la posmodernidad*, Barcelona, Gedisa.
- M., Denis (2013): "Las dinámicas contemporáneas de la individuación" en Castel, R et al. *Individuación, precariedad, inseguridad*. Buenos Aires, Paidós.
-

---

Natanson, J. (2017), ¿Por qué? La rápida agonía de la Argentina kirchnerista y la brutal eficacia de una nueva derecha, Buenos Aires, Siglo XXI.

Rodríguez, P. M. (2019), Las palabras en las cosas. Saber, poder y subjetivación entre algoritmos y biomoléculas, Buenos Aires, Cactus.

Scaletta, C. (2017), *La recaída neoliberal. La insustentabilidad de la economía macrista*, Buenos Aires, Capital Intelectual.

Semán, P. (2006): “Las formas políticas populares: más allá de los dualismos” en *Bajo continuo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*. Buenos Aires: Gorla.

Steiner, G. (1994), *Presencias Reales*, Madrid, Destino.

Tilly, C. (2000), “Acción colectiva”, *Apuntes de investigación del CECyP*, N° 6, 9-32.

Toussaint, E. (2010), *Neoliberalismo, breve historia del infierno*, Buenos Aires, Capital Intelectual.

Traverso, E. (2018), *Las nuevas caras de la derecha*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Tzeiman, A. (2017), *La derecha argentina: entre la nación excluyente y el desafío democrático*, Buenos Aires, Caterva.

Vommaro, G. (2017), *La larga marcha de Cambiemos*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Wagner, P (1997), *Sociología de la modernidad. Libertad y disciplina*, Barcelona, Herder.

Wallerstein, I. (1979), *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Madrid, Siglo XXI.

Williams, R. (1973), *The Country and the City*, Nueva York, Oxford University Press.